

La UNAP, nueva fuerza política de Nicaragua

La Redacción.

El domingo 22 de Junio próximo pasado se inauguraba por fin en Managua la magna Convención Conservadora, en la que se había de aprobar la reforma de los Estatutos del Partido. Con ella se daría cima a la acalorada propaganda renovadora que se había iniciado ya desde los primeros meses del año.

Dado el ángulo de divergencia formado muy pronto por las dos tendencias en lucha (ver ECA, Abril 1952, pp. 167-171), el distanciamiento alcanzado por ambos adversarios a estas alturas no podía menos de presagiar unas sesiones borrascosas en los locales del teatro Luciérnaga...

Por de pronto, unas palabras del magnífico discurso con el que el caudillo Conservador, General Emiliano Chamorro, daba por comenzada la Convención, señalaban inequívocamente de qué lado venía la tormenta: "Ahora —decía—, algunos jóvenes discuten sobre la utilidad o inutilidad de los Partidos, o si son capaces de producir el bien, o si sólo han sido fuente de odio entre los nicaragüenses y de perjuicios para la nación".

Seguramente que a nuestros lectores que no hayan oído nada más del P. C.

de Nicaragua desde la reseña que hicimos en ECA (y a la que acabamos de aludir), los habrá desconcertado semejante afirmación. No acertarán a comprender que aquellos jóvenes que habían logrado contagiar al viejo líder sus ansias juveniles de renovación, se hayan separado de su maquinaria política cuando precisamente aquélla pretendía reformar su misma constitución. Y sin embargo, el hecho era posible y cabía perfectamente dentro de sus vuelos patrióticos, libres aún de todo compromiso: "...deseamos estudiar a fondo —habían escrito entonces— ese antagonismo (de ideales existente entre los dos partidos tradicionales de Nicaragua), conocer nuestra Constitución Política, las leyes de la República, para distinguir bien en donde está la razón legítima de nuestra preferencia por el ideal conservador, que no debe ser motivado en una simple enemistad hacia el liberalismo como grupo de hombres..."

Así se expresaban el 19 de febrero en El Debate, antes de haber emprendido su investigación... ¡Había nacido la UNAP... y se mantenía en el fiel de la balanza! Algunos meses más tarde, recogiendo ya las conclusiones de su estudio, su actitud se definía: ninguno de los dos partidos de Nicaragua les sa-

tisfacía. La víspera misma de la apertura de la Convención en el teatro Luciérnaga, uno de sus portavoces firmaba solemnemente el repudio de conservadores y liberales en la página editorial de La Prensa. En ella explicaba la causa del fracaso de los políticos tradicionales: "Los políticos de Nicaragua —decía— se han olvidado de que los pueblos sólo luchan por una causa". Y luego, expresándolo de una manera más plástica, proseguía: "La imagen de nuestros dos partidos, hábilmente representada por un pensador nicaragüense es la de dos coches, cada uno de los cuales tiene DUEÑO.

En el coche verde, va un Emiliano que dice a quienes intentan subirse a él:

Vos querés ir en mi coche...? vos querés tener popularidad...? LA CARRERA VALE TANTO!! Sí, dinero para reparar el coche, dinero para los caballos que lo arrastran, dinero para volverlo a pintar cuando deba de participar en otra carrera.

En el coche rojo va un Somoza que verifica una operación inversa. Vos querés dinero...? vos querés ser rico...?; vos querés ser poderoso...? Subite en mi coche!!!

Y el editorialista observa indignado: "Es la plutocracia más rancia y materialista que pueda imaginarse", para concluir su artículo con esta revelación: "Una causa por la cual se puede y se debe luchar está ahora sobre el tapete: es la que han levantado como bandera los jóvenes de Nicaragua, que no han querido por dignidad y patriotismo, subirse a los dos desvencijados coches de nuestra política".

Sin duda que Emiliano Chamorro se refería a esas palabras cuando pronunció su discurso el día siguiente. Pero ya era tarde para desterrar esa persuasión, estuviera o no fundada en la verdad. La tormenta tenía que estallar y no tardó en hacerlo.

Fué en la segunda sesión. Se iba a dar lectura al proyecto de los nuevos

estatutos del P.C., cuando un grupo de jóvenes pertenecientes a Acción Conservadora presentó una protesta escrita en la que daban un Adiós al Partido Conservador. El duelo de insultos y de gritos que se originó no se puede describir. Pero a nosotros nos interesa la causa que motivó semejante determinación. Dos de los firmantes se la confiaron al redactor de La Prensa, confesándole que no les quedaba más remedio que buscar un nuevo grupo político en que fueran efectivos los postulados de la libertad y de la Democracia.

Y los hechos probaron que su convencimiento era sincero, puesto que los llevó a desempeñar un papel de protagonista en una verdadera tragedia que se desarrolló en el Teatro Luciérnaga durante la tercera sesión. La ocasión la había de proporcionar uno de los puntos del nuevo proyecto de Estatutos que disponía, que no hubiera elección de nueva Directiva, sino sólo de una Directiva provisional. ¡Por ahí no podían pasar los de Acción Conservadora! Capitaneados, pues, por un convencional, D. Porfirio Molina, quien haciendo caso omiso de esa representación se presentó como de la "barra", iniciaron una enérgica y prolongada protesta al grito de "Elección... Elección... Elección", que ni el mismo General Chamorro fue capaz de contener...

Otro hecho digno de reseñarse aquí es la extraña coincidencia de los jóvenes renovadores del Partido Conservador, con el Secretario del Partido, Dr. Gustavo Manzanares, que tanto se había opuesto antes a todas sus auras reformadoras... Pero hoy los ha juntado el mismo motivo. También el Dr. Manzanares y su facción abandonaron la sesión por no estar de acuerdo con la no elección. También él ha tenido palabras parecidas a las de los unapistas: "En la Gran Convención no importa más que una voluntad que es la del General Emiliano Chamorro, que en esta lucha íntima y vital del Partido

Conservador, se ha puesto de lado de la plutocracia, de los reaccionarios, de individuos intrigantes que no persiguen más que su provecho y no el bienestar del Partido". Así se expresaba el mismo día ante los reporteros de la prensa, legitimando su actitud.

No podemos, ni queremos, juzgar si tanto los jóvenes como los manzanaristas tienen razón. De hecho no deja de ser significativo el retorno de estos últimos para ocupar los puestos que se les ofrecieron con espíritu conciliador en la Directiva Provisional presidida por el Dr. Emilio Chamorro Bénard. Ni se puede negar que los Convencionales adictos al Partido —que dicho sea de paso permanecieron en número holgadísimo para formar quorum— guardaron una conducta francamente democrática en todos estos incidentes. También hay que reconocer que las razones que ellos aducen para defender su trayectoria democrática son fuertes, por lo menos a los ojos de un observador lejano. Pero lo que nos interesa es el hecho: que el joven movimiento unapista, que podía haber remozado y vigorizado tanto al vetusto partido conservador, se ha desgajado de él, porque estima que aquél todavía no llega a la medida que exigen sus ansias de ideal.

Esa desazón la explicaba en La Prensa uno de sus prohombres, D. Reinaldo

Antonio Tefel, a raíz del rompimiento. Ahí se quejaba de que ninguno de los dos partidos tradicionales había respetado la independencia del Poder Judicial, de la Administración pública —que según su concepto moderno exige técnicos y no politiqueros— ni del Ejército. Y llegaba a escribir: "Como dije en otra ocasión, han sido verdaderas compañías mercantiles que se han jugado como valores de bolsa los destinos de la Nación". Esa es la respuesta que dió la UNAP a aquella frase del discurso inaugural del General Chamorro.

Quizá las apreciaciones de los jóvenes unapistas sean exageradas; pero es el hecho que en Nicaragua ha nacido una fuerza política nueva y pura, virgen aún en su idealismo. Sus ejecutorias de nobleza son, por de pronto, el aliento de su entusiasmo, que data desde el 27 de julio de 1944, día en que el universitariado de Nicaragua se lanzó a la calle en busca de la libertad; la elevación de sus miras, que no se satisface ni con las del Partido Conservador en pleno apogeo de su renovación; y finalmente la oposición que le ha declarado el Partido Comunista, precisamente por su acción social cristiana y eficaz. Hace falta que junten la prudencia con la fortaleza y que perseveren en la pureza del patriotismo. Porque hombres así necesita Centro América.

